

“Romántico de la libertad”, acostumbra D. Nicolás Rangel apellidar a Mina, y ciertamente lo fue el joven navarro combatiendo contra los franceses; en su prisión de Vincennes; luchando por las constituciones liberales y contra el absolutismo de Fernando VII, cosa que emprendió quizá con exagerada pasión, hasta ponerse al servicio “de algunos comerciantes ingleses, que por miras interesadas, por sus especulaciones mercantiles, deseaban fomentar la independencia de Nueva España”,¹ y exclamar en una de sus proclamas: “La patria no está circunscrita al lugar en que hemos nacido, sino más propiamente al que pone a cubierto nuestros derechos personales”.² La carta que escribió al general Liñán, en que dice: “. . . y que si alguna vez dejé de ser buen español, fue por error”,³ y el sentimiento que manifestó de ser fusilado por la espalda como traidor, en lo cual “se dejaba conocer que su extravío fue más bien efecto de una imaginación acalorada, que de perversidad de su corazón”;⁴ los sentimientos religiosos de que dio prueba al ser asistido por el capellán del primer batallón de Zaragoza, D. Lucas Saiz, todo revela a un joven generoso, de noble corazón, pero ardoroso y exaltado con exceso, de modo que en su temperamento romántico fácilmente hallaron eco las ideas del ambiente en que vivió. Conocida es su rápida campaña de siete meses en que abundan los lances de inaudito arrojo y las aventuras más peregrinas con aquella turbamulta de individuos de toda nacionalidad, sexo y condición.

Mil veces más estrafalaria y romancesca resulta la vida, hechos y dichos del fraile aventurero, acérrimo liberal y republicano, incorregible prófugo de desconcertantes inconsecuencias en su conducta, como cuando a fuerza de intrigas consigue en Roma el hábito de Monsignor, “que no se quita ni para acostarse”. Ya su famoso sermón de 12 de diciembre de 1794,⁵ su afición a leer y traducir a los románticos franceses, nos revelan al que debía consignar en la “Apología y Relaciones de su vida” las aventuras más extraordinarias de su agitada existencia, terminada, para poner el colmo, entre el aparatoso cortejo con que quiso que se le trajese el Sagrado Viático de la parroquia de la Veracruz, mandando al diablo a los masones y haciendo, sin embargo, un último esfuerzo para justificar su vida y opiniones.

Sólo pondré, para terminar, algunos párrafos de la carta escrita

1 Zamacois, T. X, p. 246.

2 Zamacois, T. X. (Continuación.) Apéndice No. 3, p. 16.

3 Zamacois, T. X, p. 375.

4 Ibid, p. 377.

5 Historia de la Revolución de Nueva España, por D. José Guerra (Mier). T. II, Apéndice, p. II.